

XXIX



QUERIDO «Pajarito»:

Es fuerza comenzar esta carta con las célebres palabras de Francisco I después de la batalla de las Navas: «Todo se ha perdido menos el honor,» para justificar, en parte, la derrota que hemos sufrido, si derrota puede llamarse á la inconstancia de la veleidosa fortuna, tan versátil y tornadiza que vuelve la cara en el punto mismo en que creíamos alcanzados todos sus favores. . . . ¡Oh inconstancia de la fortuna local! . . . «Mutationes fortunæ».

Es necesario que á renglón seguido de esta exclamación, que en sí lleva toda la amargura de mi despecho, ponga orden y concierto para no echar por el atajo, de modo y manera que tú te ha-

gas cargo, formes juicio y dictes ejecutoria en el asunto que me obscureció muchos días y me robó muchas noches de mi existencia.

Cuando ocurrió aquella escena dolorosa de tu entrevista con el señor Illescas, yo hubiera desobedecido la orden imperiosa y solemne—y fué solemne é imperiosa porque estábamos en presencia de un cadáver—del astuto Sátrapa; pero de habernos quedado allí, hubiéramos dado pie á Sátrapa para acusarnos de allanamiento de morada; porque ¡oyelo bien, «Pájaro»: ¡Nosotros estábamos en casa ajena; ni tú ni yo teníamos ningún derecho para permanecer en la morada de Illescas sin voluntad de su dueño; y allí, por ley, por el recurso de interdicción, interpuesto por Sátrapa, él era el dueño, tú un intruso y yo un instigador; como verás, la ley no se anda con paños calientes en casos semejantes, sino que á cada uno le da lo suyo: «Amicus Plato sed magis amica veritas» . . .

De suerte, que en vez de enderezar las cosas con quedarnos, dábamos en el extremo contrario cayendo por un disparadero y humillándonos en el suelo, para no levantarnos de allí nunca, aunque contáramos con la famosa palanca de Arquímedes.

Pesadas estas razones, que no saco por alquitara, antes bien, salen por la ancha puerta de una consecuencia lógica, concederás que estuve en punto y sazón al largarnos, de allí en una oportuna retirada que ponía de manifiesto, ante los ojos de Sátrapa, la honradez de nuestros procedimientos.

En instantes tan calamitosos, no me fué posible hacerte este largo capítulo de aclaraciones que justifican mi conducta; bastante tuve con mi atolondramiento; además, no era aquella ocasión ni aquel lugar propios para engolfarnos en tales y tan menudos detalles; urgía hacer la maleta y tomar de tarde camino ese mismo día, y poner tierra de por

medio, para dejar que los acontecimientos rodaran por su mismo peso hasta llegar al término de su carrera, y así esperar que los hechos quedaran depurados por el tiempo que, á la larga, es crisol que acendra más que el fuego de las mil fraguas de Vulcano, movidas por los poderosos brazos de los cíclopes, gigantes mitológicas que sólo tienen un ojo en medio de la frente, para concentrar en sus férreos brazos la fuerza bruta que no tuvieron ni Hércules ni Sansón, con la cual los tales gigantes fabrican el rayo á golpe de martillo y á sople de fragua y lo ponen flamígero en manos de Júpiter, el gran juez del Olimpo que no se deja sobornar por tinterillos rapaces, ni por influencias de caciques más ó menos arbitrarios. . . . «Facere de necessitate virtutem».

Te hablo casi en parábola: culpa este mi modo de expresarme á la costumbre que tengo de poner entre la pluma y el papel mi pensamiento que se arrebató,

disloca y difunde en un mundo aparte, lejos de la pobreza y los convencionalismos de esta vida miserable de relación, por la cual sólo pensamos llenar nuestras rutinarias necesidades orgánicas de una animalidad indomesticable. . . . «Experto crede».

Si nos fuera dado hablar y expresarnos y ejecutar como lo hacemos en nuestros más triviales asuntos de la vida, ten por seguro, y jurarlo puedes, que yo, el Licenciado Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada, en la aventura de Sátrapa (que no la hubo mayor ni de más alta y refinada diplomacia el mismo Bachiller Sansón Carrasco, graduado en Salamanca); yo, te repito, con mi pasmosa y ciceroniana elocuencia hubiera dado zancadilla á todos los Sátrapas del mundo. . . . Pero mi bueno y querido «Pájaro», ni la persona de Sátrapa, ni la locura de tu padre, ni las reducidas paredes de aquel cuarto que tenía toda la patibularia apariencia de un

calabozo, fueron personajes ni escenario para que yo pudiera desplegar en toda su arrebatada pujanza mi estudiada y prometida diplomacia; el medio ambiente es necesario para que se cumpla y afirme la ley de adaptación. . . . Nunca he podido explicarme el por qué y el cómo de Molière leyendo sus aplaudidas comedias, en medio de acre olor á salazón y ajo, á la morrocotuda fregona del autor del «Médico á Palos».

Sí me explico, y con explicármelo ruidosamente lo aplaudo, que Demóstenes increpara á las salobres ondas y subiera á tal punto el diapasón de su voz que pareciese bronco aletazo de águila herida cerniéndose sobre los bravíos tumbos del mar Egeo.

Dejemos en punto y aparte estas consideraciones como de orden meramente metafórico, y vamos al asunto principal, á la entraña y meollo de este negocio.

No creas que cuando te separaste de mí, horrorizado de la maldad y astucia

de Sátrapa, por un incidente que tú llamaste «tarugada,» y que yo, más conforme con la índole de la lengua y con más tino de palabra, llamo «fracaso,» me quedé á brazos cruzados, diciendo: «mire Ud. qué cosa.» ¡No, oh víctima de la codicia humana! En Puebla toqué otros resortes, moví otras influencias y acabé por dar de manos á boca con el arma, que ruginosa en la antigua y para mí glorificada panoplia, descansaba de la brega, esperando á su caballero que la redimiera de quietud tan larga y enfermiza.

Y ahí me tienes, querido amigo, que la pluma vino á mis manos y escribí un artículo contra... ¿A qué no aciertas contra quién fué enderezado el tremendo rifle? ... ¿Te das por vencido? ... ¡Pues contra mí, hombre, contra mí! Y en ello estuvo mi más grande y singular estratagema...

En aquella rociada de acusaciones monstruosas, de testimonios falsos y de injurias purulentas, no me restaba en mi cuerpo parte por donde tocarme. . . .

«Noli me tângere.» Quedaba acribillado, maltrecho y sin forma corporal, de igual suerte que pasmarote que sirve de blanco para que ejercite el tiro matasiete en víspera de duelo. . . . ¡Y cómo se resregarían las manos de contento nuestros enemigos! . . . ¡Y con qué fruición leería el articulejo el engreído de Sátrapa!

Y yo levanté el vuelo de Puebla al día siguiente, dos después de nuestra separación, y me sostuve en silencio, á modo de que le hostigase á nuestros contrarios aquella dedalada de almíbar; pero cuando aún el sabor de la miel les endulzaba el paladar, contesté desde aquí, donde arreglo un intestado, al inverecundo artículo con una carta abierta á los cuatro vientos de la publicidad, á semejanza de vela desplegada que aparece en el horizonte á dar auxilio á los inermes náufragos. . . . ¡Qué carta!

Tiré yo mismo el guante para que me quedara el derecho de recogerlo. . . . ¡Y las represalias fueron despiadadas!

Allí la verdad echando por tierra las engañosas y las triquiñuelas de Sátrapa; allí la historia de tu vida, sin faltarle punto ni coma, exhibía su lastimera desnudez; allí la pecaminosa impostura del hijo de Illescas, declarado muerto en Tabasco, cuando se trataba de un homónimo allí contado por menudo tu viacrucis en villa de las Granadas; allí presentada como un guiñapo que obliga á taparse las narices, la mentira filial de que se no creyó capaz.

Te digo, «Pájaro», que al redactar aquella carta subida de tu este, recordo mis buenos tiempos de «El Comercio» cuando sostenía polémica con «El Remolde»; época desastrosa de mi vida, en la cual luché á brazo partido con tres poderosos enemigos: la miseria, la envidia y el egoísmo; pero domé á la miseria, humillé á la envidia y vencí al egoísmo.

Volviendo á mi carta, sé decirte que después de escrita, la leí y releí, y me santiguaba de las verdades que asentaba

en ella, duras como piedras y claras como el agua. . . .

Y para darle un final trágico, y en concordancia con el asunto que trataba en dicha carta,—que no era otro si no desde enmascarar á tanto pillo, desde Sátrapa hasta el médico—pinté con todas sus fúnebres tintas el dramático cuadro de tu entrevista con el señor Illescas; la muerte de tu padre por la fuerza de la impresión de ver á su hijo cuando lo juzgaba muerto.

Si tú, en vez de alarmarte por la bronquitis que pescaste en Puebla la misma noche que llegamos, te hubieras estado quieto en tu cuarto, bien arropado, tomando tisanas, otra suerte nos tocara, y á la hora de esta quién sabe hasta dónde hubiéramos llegado en nuestras gestiones; acaso tendríamos ya en nuestro bolsillo la copia de la disposición del juzgado nombrándote heredero universal de Illescas; pero un catarro ligero te infundió temores mortales, y el dicho estúpido de dos borrachos de barrio, que

pagó Sátrapa para que dijeran en parte que tú los oyeras aquello de darte una puñalada—; que en verdad era puñalada de pícaro!—le diste la importancia de una inevitable desgracia y de una próxima y segura muerte.

Escríbeme á este apartado rincón, donde estoy á la capa esperando noticias tuyas; tus letras las diriges á la lista de correos; pues no quiero que nadie sepa mi domicilio; no escatimes darme cuenta exacta de todo lo que te haya ocurrido desde nuestra violenta separación, que no te dejó tiempo para nada; tengo interés en sacarte avante en todo aquello que se presente y que se relacione contigo; créemelo, «Pájaro,» por puro altruismo, por desinteresado móvil, porque me ha conmovido tu desgraciada historia, y porque me he preocupado siempre por tu suerte.

Resérvate las noticias que lleva esta carta, y cuenta conmigo en todo y para todo. ¡Ah! Antes de cerrar estos apretados

renglones, escritos al correr de la pluma, caigo en la cuenta de que no fué en la batalla de las Navas donde dijo Francisco I: «Todo se ha perdido menos el honor»; sino en la de Pavía; antes de la batalla de las Navas, Alfonso VIII dijo á uno de los mensajeros del Miramamolín Almohade, con motivo de una embajada que le proponía al castellano rey: «Váyase Ud. á donde se fué el Padre Padilla», lo cual es muy distinto de lo que á la cabeza de esta mi carta afirmaba, aunque puede aplicársele lo del Padre Padilla á Sátrapa y á sus congéneres.

«Errare humanum est», que traducido á buen romance, quiere decir:

«El error es propio del hombre.»

Tuyo incondicionalmente, abogado de todos tus pleitos y amigo en todas tus desgracias:

Lic. Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada.

Septiembre 5 de 18...», Ixtlán, Oax.

—Y venía la firma con rúbrica que cruzaba de margen á margen el papel, con el final delgado al comienzo y grueso, en su remate, salpicado de gotas menudas de tinta por la fuerza al hacer el rasgo, que todo ello da ocasión para comparar tal rúbrica con la cauda de un cometa rodeada de nebulosas.

—¡Mira, «Pájaro», que he tenido que aguantar ma resuello que cuando me daban dié jupas* seguiditas en las bañáas de la juédas de la ejcuéla!... Cuidadáo que é larga la pita de ejte papelote!... ¿Y qué ice?... Casi náa: que toito se golvió caldo y ejpinas!... ¿Y pa salir con que aquí ejtán las velas y quebráas, tanto cuento?...

—Chencho, no lo creas: Sanchete se ha portáo bien conmigo. . . . El hizo tóo lo que pudo. . . . me costa. . . . por ganar el asunto. . . . pero éramos doj contra muchos. . . . y como no teníamos el platal que se necesita pa seguir el pleito. . . . perdimos redondo! . . .

—No hables mucho, porque dempué te coje la tos y te hogas; ejtás muy embromáo, unque tú igas que nones... Eso sacates por dir con ese Licenciáo, que Dioj me lo perdona, pero se me afigura que é un pinta copas* . . . ¡y no me mires josco! . . . alvierte que pa tóo mete boruca con palabritas y terminachos que él solito entiende. . . . y aquello del habla que juele á cura por tanto guriguri* de cosa que peace dicha pa que tú te persine, y dé golpe de pecho, unque no trae nada de «glória inselcis» ni de «dominú vobijco» . . . y que si Francico así y la Pavía allá, y güelta si la Nava y el pagrecito Porrilla, que en su casa lo conocen y le hablan de tú. . . . puro revoltijo pa que tú te quees con tamaña boca abierta y igas: «el Licenciáo é un águila, un sabiote que sabe contar las siete cabrilla sin necesidá de antejo y oye de noche crecer la yerba. . . . ¡Vaya que baila un trompo en la punta de la uña!... ¡A mí que no me venga con esas

tantochadas*!... ¡Unque me iga má «ora pronobi» que aleluya en sábao de gloria, no creo que sea muy alvertío, má que tú me lo alevantes jasta lo cuerno de la luna!...

—Tú siempre, Chencho, tellevaj de lo que se te afigura, sin reparar en la calidá de las personas.

—¡Si cualisquiera dirfa que le há chupáo el ombligo al mentáo Sancheti!...

¡Caracho,* pa tí el Licenciáo é Tata Dioj que tóo lo puee!

¡Mía tú, mejor doblemo la hoja, porque me voy á poner bravo* y no quiero que tú te amuine ora que ejtás malo!...

—Y mi enfermedad é grave, Chencho; no creas que voy á hacer güesos viejo; yo tengo la seguridá que muy pronto viene la pelona* y me lleva al otro mundo.... De noche no duermo con esta sofocación que me hoga.... cáa día ejtoy má chupáo*.... ya no pueo pararme de la cama.... El doctor me da tóas la medecinas de la botica y yo pa bajo. y asigun

me dijo, é la mesma cosa que se llevó á mi probe viejecita.

—¡Déjate de cosa, «Pájaro»! ¡Qué te vas á morí, hombre! Entro de poco verás cómo sale á la calle y en estirándote loj pié y calentándose lo güesos ¡juera capas*! Y ya verá cómo no se te conoce que estuvistes encamáo muy cerquita de cuarenta día!...

También ejtos médico de ora tienen muncha culpa: apenita le duele á uno el ehical*, ¡á la cama! ... ¡y aí se ejtá el crijtiano tumbáo boca arriba mirando si tiene ujeros el pabellón* y contando las vigas del techo, ó viendo si le sale comején, ó ejperando ver entrar el sol por las rejendija y náa de salir á la calle!...

A mí, Micáila, siempre que me duele la cabeza me sale con que me acuejte, que me pondrá plantillas y me empavesará* con aceite con árcali... ¡Y el diablo que se meta á la cama pa que lo embijen* con árcali y le quemén las pata con las condenaás plantilla y le quebranten el

ejpinazo con las maldecías friegas! . . . Con un trago de aguardiente legítimo de caña me queo tan campaute y como con la mano me se quita el dolor de la mollera! . . .

—Ansina era yo de ante, Chencho; pero ora é otra cosa. . . . á la casa vieja nunca le faltan gotera. . . . y yo ya no me coso de un jervor! . . .

—¿Tú? . . . ¿Tú? . . . Pue mía que yo soy má vejarano*! . . . Cuando tú juistes por primerita vé á la ejcuela de Don Cundo yo ya era tamaño mingón* y tú un macaco. . . . ¿te acuerdas? . . . Arrígula* que yo voy pa lo cincuenta. . . . ¡ffjate, pa lo cincuenta! . . . que é como decir que de aí pa abajo no se lleva cuenta de loj años porque se van volando. . . . Pero eso sí, mírame: no tengo ni una cana y ejtoy má juerte que «Pepe Palitos» . . . que tiene treinta y cinco cabale y muy cabale. . . .

—¡Eso é como la casas, hombre! . . . Si una casa se fabrica de ladrillo y teja. . .

é má juerte que una de yagua y palma. . . . Tú tiene mucho ónde resitir. . . . Yo siempre juí rampuliento* y con do-lama. . . .

—Aquí me ejtoy charla que charla y son laj once. . . . ¡Me voy y güelvo como toás la noche con tu ahijáa! . . .

—Ante de dirte dame la cucharáa! . . .

Chencho tomó de sobre un taburete, donde había un plato y una taza con restos de desayuno, la botella de la medicina; cogió la cuchara, midió la dosis y se la dió á «Pajarito» que la tragó haciendo muecas. . . .

—¡Fuche*! ¡Pero qué fea!

—Con tal que te sane! . . .

Conque jasta lueguito. . . . ya sabe; vengo con Micáila!

—Cuando gujte, Chencho. . . .

Salió Chencho cerrando la puerta de la recámara, y se quedó «Pajarito» solo con su enfermedad, su miseria y sus recuerdos á esperar la hora en que su hija vendría con el almuerzo, para en segui-

da volverse á sus quehaceres domésticos, y regresar sobre tarde, y dormir las primeras horas de la noche, mientras la ahijada sonochaba, á modo de poder ella velar al enfermo.

No hacía cinco minutos que «Pajarito» estaba solo, cuando oyó golpes en la puerta.

—¡Empuje que ejtá abierta!—avisó, creyendo que era algún vecino que lo visitaba.

Siguieron los golpes, y á poco arañaron fuertemente las hojas de la puerta; cedió ésta y entró un perrazo babeando y moviendo precipitadamente el rabo; loqueó por toda la estancia; se fué á oler por todos los rincones; venteaba y gruñía; al cabo de muchos rodeos, subió las patas sobre el borde de la cama, vió á «Pajarito» que le sonreía, rabeó de gusto y lamió por agradecimiento la mano del albañil que le acariciaba la grande y fuerte cabeza: á una indicación de «Pajarito», se lanzó al taburete, tomó un

resto de pan que en él había, y echado, en posición de esfinge egipcia, se puso á roer la pitanza con que le regalara el enfermo.

Era aquel perro el amigo ignorado, el amigo fiel, que todos los días, á mañana y tarde, después de sus rapiñas por los tajos de la carnicería, los olfateos por el humo de las cocinas y las harturas por las cuchipandas de sus pobres dueños, venía á la soledad diurna del albañil á hacerle compañía y á distraerle con sus carreras, sus rabeadas y sus aullidos.

*
*

—¡Tu padrino se muere! . . . Ora sí é de vera. . . . Avisa á su hija y véte diendo con ella, que no é cosa de ejperar hasta la noche. . . . Yo tengo que dir á ver al Licenciáo pa el tejtamento. . . . «Pajarito», unque probe y pecador, deja una casita y alguno rialé en el fondo del bñale. . . . Yo con ejtos que se han de co-

mer la tierra vide como se va acabando... y antes de estirarse pa toita la vida, me dijo: «Chencho, ora sí que me lleva la pelona. . . . ¡Mía, coge la llave de mi báule. . . . en mi libro de raya que ejtá aí, bujca doj papele; una é carta del Licenciáo y el otra un apunte mío. . . . Llévelo pa en ca del Escremano y dile que se atenga á lo que igo en el papel pa formar mi testamento. . . . Má pa el fondo, entre uno calcetine, hay un envoltorio de dinero. . . . eso pa mi entierro. . . . No le debo á naidén náa. . . . A mí me deben muchos. . . . pero le perdono la deuda como á mí me perdonará Dioj mi pecáos. . . . Anda que la cosa va de priesa. . . . A mí me se águaron loj ojos meramente como cuando murió mi máma. . . . «Pajarito», al verme, luego luego me salió: «¿Por qué lloras, Chencho?... ¡No vé, crijtiano, que toitos en cualisquier chico rato vamo á dar al joyo! . . . ¡Déjate de jeremiquiaas* y corre á lo que te igo. . . .» Y aquí me

tienes, Micáila, pa que te vaya tú con la hija de tu padrino, mientras yo veo al Escremano y al médico. . . .»

Micaela en un decir Jesús se encapilló unas enaguas negras; puso en la lumbre la olla de frijoles; sopló violentamente las brasas, que levantaron llama, y se fué en busca de la hija de «Pajarito».

Al entrar Chencho á la alcoba, donde «Pajarito» estaba moribundo, vió allí multitud de vecinos que entraban y salían, mismos que no acudieron cuando el albañil necesitaba de compañía y de consuelo, y que iban ahora para no servir más que de estorbo; cerca del lecho, Micaela y la hija de su padrino le tallaban* al enfermo en agonía el pecho, en el cual se había localizado el último aliento de vida, gorgoriteándole dolorosamente en la garganta con ronquidos fuertes y desesperantes; allá en el fondo, una vela toda lagrimeada de gotas de

mer la tierra vide como se va acabando. . . . y antes de estirarse pa toita la vida, me dijo: «Chencho, ora sí que me lleva la pelona. . . . ¡Mfa, coge la llave de mi báule. . . . en mi libro de raya que ejtá aí, bujca doj papele; una é carta del Licenciáo y el otra un apunte mío. . . . Lléaló pa en ca del Escrebano y dile que se atenga á lo que igo en el papel pa formar mi testamento. . . . Má pa el fondo, entre uno calcetine, hay un envoltorio de dinero. . . . eso pa mi entierro. . . . No le debo á naidén náa. . . . A mí me deben muchos. . . . pero le perdono la deuda como á mí me perdonará Dioj mi pecáos. . . . Anda que la cosa va de priesa. . . . A mí me se aguaron loj ojos meramente como cuando murió mi máma. . . . «Pajarito», al verme, luego luego me salió: «¿Por qué lloras, Chencho?.. ¡No vé, crijtiano, que toitos en cualisquier chico rato vamo á dar al joyo! . . . ¡Déjate de jeremiquíaas* y corre á lo que te igo. . . . » Y aquí me

tienes, Micáila, pa que te vaya tú con la hija de tu padrino, mientras yo veo al Escrebano y al médico. . . . »

Micaela en un decir Jesús se encapilló unas enaguas negras; puso en la lumbre la olla de frijoles; sopló violentamente las brasas, que levantaron llama, y se fué en busca de la hija de «Pajarito».

Al entrar Chencho á la alcoba, donde «Pajarito» estaba moribundo, vió allí multitud de vecinos que entraban y salían, mismos que no acudieron cuando el albañil necesitaba de compañía y de consuelo, y que iban ahora para no servir más que de estorbo; cerca del lecho, Micaela y la hija de su padrino le tallaban* al enfermo en agonía el pecho, en el cual se había localizado el último aliento de vida, gorgoriteándole dolorosamente en la garganta con ronquidos fuertes y desesperantes; allá en el fondo, una vela toda lagrimeada de gotas de

retidas, flameaba trémula frente al cuadro de la «Preciosa Sangre de Cristo», estampa de la veneración de la difunta doña Mónica, y un coro de viejas mucitaban la oración de los muertos con un gorigori zumbante y persistente; en estas llegó el notario; leyó las reducidas cláusulas del testamento; dió la entintada pluma á «Pajarito» para que firmara; levantáronle las dos mujeres que lo abanicaban y tallaban* para que no se asfixiara, y el albañil, con la mirada turbia, las facciones descompuestas y el pulso inquieto, firmó con torpeza al pie del escrito. . . . Después los ronquidos aumentaron; se le enfriaron las extremidades; se le extravió horriblemente la vista; dió dos boqueadas rápidas y cayó la cabeza sostenida por los brazos de las mujeres sobre la húmeda almohada, produciendo un golpe seco y fúnebre. . . . ¡«Pajarito» estaba muerto!

«¡Acabó!» —gritaron con destemplada voz y á una, Micáela y la hija del di-

punto; una explosión de llantos y de lamentos pobló la estancia. . . .

Chencho mandó salir de la alcoba á las mujeres; pidió una palangana con agua; lavó solícitamente el rostro de su amigo; revolvió los trapos del baúl; sacó un pantalón negro, aquel pantalón negro, lujo de «Pajarito» en los días festivos; una camisa blanca; la banda negra también, que el amigo inseparable de Chencho usaba para los entierros; y vistió al cadáver. . . .

Llegaron los blandones; se encendieron las ceras, y en la modesta alcoba pusieron de cuerpo presente á «Pajarito.»

Chencho no se dió punto de reposo; corrió por el certificado médico para presentarlo al juez del Registro Civil y obtener la boleta de defunción; contrató el nicho, en el cual había de reposar el albañil, y en compañía de otro amigo del oficio, trajo el ataúd.

El cadáver dentro de la caja fué trasladado á la pieza principal de la casa;

despojaron las paredes de los pocos cuadros que tenían, y se cubrió el pequeño espejo con un paño negro, dejando sólo en toda la extensión de las paredes una hilera de sillas; la recámara la ocupaban las mujeres; en el comedor se juntaban los amigos íntimos de Chencho y los compañeros del gremio; como «Pajarito» murió en la tarde, se enterraría de mañana, y habría velorio*; por tal motivo de muchas partes mandaron, quien chocolate, cual panes y tal vinos, tabacos y licores; indispensable todo para pasar la noche en vela; en el corredor se colocaron sillas; en la acera, frente á la casa del duelo, largas bancas que contendrían á la concurrencia nocharniega.

En medio está el ataúd sin tapa, por donde asoma, sobre la línea rígida de sus bordes, el perfil cadavérico de «Pajarito»; cubierto con un sudario, tiene las manos enclavijadas con un crucifijo en ellas, y por el extremo opuesto, los pies paralelos, con zapatos negros de suela ras-

pada, sin una mancha de tierra, como si el dueño de ellos despreciara la bajeza de este suelo para internarse en el misterio insondable de la eternidad con paso firme y marcha segura; alrededor del ataúd se enfilan los veladores, sentados en las sillas; de la cocina sale el monótono ruido del molinillo batiendo el chocolate; de la recámara, el murmurar de los rezos de difuntos y de la charla animada de la concurrencia hablando de sus asuntos particulares; olvidábanse á ratos de la presencia del cadáver que, sombrío, destacaba en el cuadrilongó de la sala su inmovilidad rígida, alumbrada por el fulgor trémulo de los cirios.

Los de la sala principiaron á hablar en voz baja, poniendo en sus dialogadas conversaciones entrecortados monosílabos; pero una vez que apuraron las copas, sorbieron el chocolate y fumaron los puros, la conversación se hizo más ligada y se enardeció el dialogueo hasta

trocarse en bulliciosa charla. A medida que las copas daban vueltas en el corrillo, subía de punto el hablar de los de afuera, y se repetían las rondas, y se encrespaban las voces, y soltaban torpes carcajadas de entre la baráunda de roncós vozarrones con estallidos de ruidosas y destempladas risotadas.

Desde las bancas de la acera hasta las sillas de adentro, iba amenguando el estruendo del velorio; los más cercanos al cadáver, recordaban con tal presencia la compostura y el debido acatamiento que había de guardarse en aquel lugar, y á paso que las personas quedaban más lejanas del féretro, aumentaban el pasto de sus murmuraciones y acrecían el estruendo de las carcajadas y los charloteos.

Oyóse muy de lejos el ladrido de un perro; siguieron otros del vecindario, ácallando un tanto el charlar sin medida de los veladores, para en seguida tomar con más brío el hilo de sus discusiones interrumpidas.

Las cabezas empezaron á doblarse sobre el pecho; callaron las charlas y se escucharon los ronquidos; los cirios chisporrotearon al soplo húmedo de la mañana y palidieron hasta quedarse en flava y azulosa llama; un gallo anunció el nuevo día; contestaron en los gallineros del caserío, y los cantos estridentes de estos precursores de la aurora resonaron broncos como clarines agudos, mientras el perro andariego, el que venía todos los días á las soledades de «Pajarito,» acurrucóse con el hocico entre las patas delanteras, vidriosos los ojos y melancólicos los gruñidos, á cuidar el sueño eterno de su amigo, para llorarlo, quizás, al caer en la fosa, con lastimeras voces de espanto!

